

Los discípulos abandonan a Jesús

Veamos el contexto en el que se sitúa: Jesús ha sido abandonado, en el momento de la muerte, por el grupo de discípulos, que lo había seguido esperando conseguir algo de Él. Los discípulos han huido, el grupo se ha desintegrado.

En el relato de Emaús (Lucas 23, 13-35), Lucas nos describe la profunda decepción de dos de ellos. Esperaban que Jesús fuese el liberador de Israel, y ahora lo han matado. Todo ha acabado.

Habían caminado mucho con Jesús. Y, sin embargo, habían comprendido poca cosa de Él.

Al final, cada cual vuelve a su vida anterior: "Voy a pescar", dice Pedro, el pescador. "Vamos también nosotros", añadieron los demás.

El espacio de tiempo vivido con Jesús ha sido como un bonito sueño que desaparece de la noche a la mañana.

En ellos ha debido quedar un poso de amargura al darse cuenta que han dejado a Jesús, solo, en el momento más crucial. No han sido capaces de dar la cara por Él cuando las circunstancias lo requerían.

Cada uno diferente

Es en este contexto que el evangelista nos presenta juntos a Simón Pedro, Tomás, Natanael, los Zebedeos y otros dos. Están en el lago de Tiberiades (Galilea), allí donde Jesús se encontró con ellos por primera vez. Con decepción y desilusión, han vuelto a su trabajo diario, reanudando así la vida de cada día.

¿Quiénes son? ¿Cómo son?

Simón Pedro. Es un pescador, un hombre de pueblo. Con mucha voluntad, siguió a Jesús inmediatamente, tal vez, con poca capacidad de razonar. Confiesa que Jesús es el Mesías, sin entender en profundidad lo que esto significa. Muestra su disposición de ir hasta la muerte con Jesús, y no es capaz de decir públicamente que es amigo de Él. Lloro cuando reconoce su pecado.

Tomás. Cuando le comunican a Jesús la muerte de su amigo, Tomás que dice a sus compañeros: "Vayamos también nosotros a morir con Él". Parece un hombre valiente. Pe-

JESÚS CONOCE A SUS DISCÍPULOS Y LOS LLAMA A UNA GRAN MISIÓN

Juan 21, 1-13

ro, después de la muerte de Jesús, cuando los otros le dicen que han visto al Señor, él contesta: "Hasta que no toque con el dedo la señal de los clavos y le palpe con la mano el costado, no lo creo". Es desconfiado, duro de mente, no se deja convencer por los demás, es incrédulo, necesita ver para creer.

Natanael. Es un hombre transparente. Cuando Felipe le dice que se ha encontrado con Jesús, él duda si puede salir algo bueno de Nazaret. Sin embargo, cuando se encuentra con el Maestro cree en Él y se pone a seguirlo. Natanael se abre sin condiciones a Dios. Está desprovisto de prejuicios y le es suficiente una intuición para abrir su corazón.

Los Zebedeos. Son aquellos que pidieron a Jesús de poder sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda en su reino. Intentan lograr un beneficio personal. Quieren el poder y una buena posición, utilizando los medios que sea. No tienen en cuenta a los demás. Sólo les importan sus intereses personales.

Los otros dos. No sabemos quiénes son. Desconocemos sus nombres, su forma de ser, carácter, actitudes... No podemos decir nada de ellos y, al mismo tiempo, decirlo todo. En estos dos puede estar representado el resto del grupo y los diferentes tipos de personalidad que conocemos. Ahí podemos estar representados todos nosotros.

Entre los discípulos de Jesús hay diversidad de caracteres, de formas de ser. Jesús no excluye a nadie por ser de una manera u otra. Acepta a gente normal, con sus defectos y sus cualidades.

El cuenta con cada uno de nosotros. Y así, tal y como somos, nos invita a seguirlo, a confiar en Él.

Desorientados en la noche

Estos son los discípulos de Jesús y, ahora, en sus corazones anida la amargura de haberle abandonado.

Mascando aún la decepción, impulsados por Pedro se ponen a pescar. "Salieron y se embarcaron, pero aquella noche no cogieron nada".

Es de noche. La noche es la tiniebla, el miedo, el no saber hacia donde se va... El día por el contrario, nos ilumina, nos hace ver claro, podemos caminar sin miedo a tropezar.

El evangelista, al decirnos que fueron a pescar de noche, nos indica el estado de desorientación en el que se encontraban.

Jesús no está en medio de ellos o, mejor, ellos no saben verlo en la oscuridad de aquella noche. Tienen buena voluntad de ir a pescar, pero no se dan cuenta que han perdido el punto de referencia. Han perdido el faro que en la noche los guiaba y los orientaba.

Después de esa larga noche, ¿cuál debió ser el ánimo de los discípulos? No es difícil imaginar su frustración: toda una noche intentando pescar, sin coger nada.

No es difícil vernos a nosotros mismos cuando en nuestra vida diaria perdemos de vista a Jesús y obramos como hijos de las tinieblas.

La presencia anónima de Jesús

"Estaba amaneciendo". No se ve todavía con claridad, pero ya va desapareciendo el temor de la noche.

Los discípulos no lo reconocen. Alguien se acerca a ellos, pero sus ojos no pueden distinguir. También en el Camino de Emaús, Jesús caminaba con sus discípulos y ellos no sabían reconocerle.

Jesús por su parte tampoco se presenta, ni les echa en cara su abandono. Llega de una forma anónima. Lo único que les pregunta es: "¿Tenéis algo que comer?".

Jesús no quiere echarles en cara su abandono ni su dispersión. En la pregunta que les hace, intuimos que quiere llevarlos a que se den cuenta de que no han pescado nada, que han fracasado.

"No perdáis la confianza; es verdad: ha sido duro para vosotros, pero volved a tener confianza en mí".

Pedro descubre su desnudez. Se da cuenta de su propia situación, de su miseria y sus ojos se abren a quien le ama incluso antes de que él haya dado una respuesta.

Jn 21,1-13

Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera. Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: «Voy a pescar.» Le contestan ellos: «También nosotros vamos contigo.» Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada.

Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Díceles Jesús: «Muchachos, ¿no tenéis pescado?» Le contestaron: «No.»

El les dijo: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: «Es el Señor», se puso el vestido - pues estaba desnudo - y se lanzó al mar. Los demás discípulos vinieron en la barca, arrastrando la red con los peces; pues no distaban mucho de tierra, sino unos doscientos codos. Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan.

Díceles Jesús: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar.» Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aun siendo tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Venid y comed.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Quién eres tú?», sabiendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez.